

Enrique Sánchez Leal

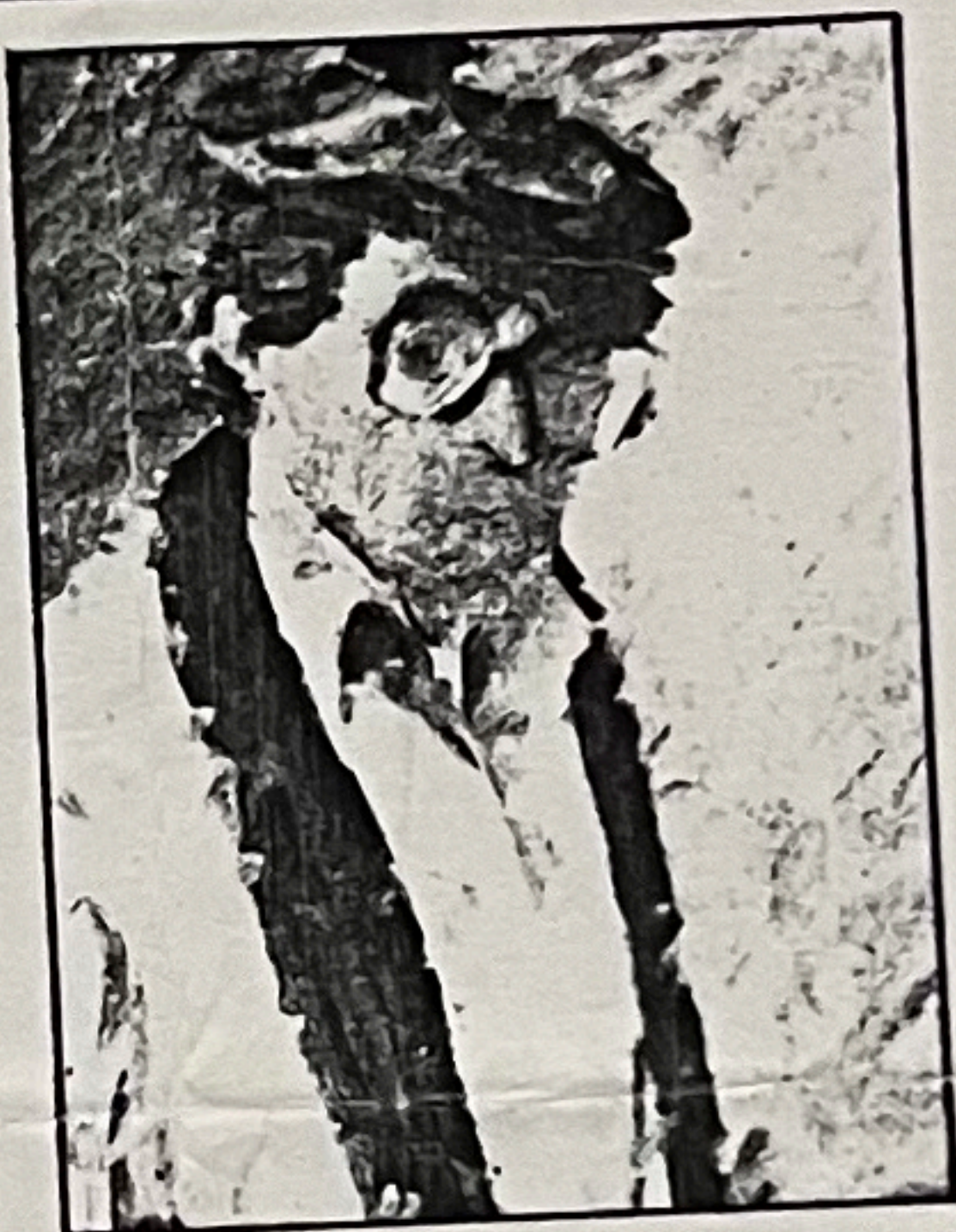
Galería Infantas
Calle Infantas, 19

Hasta el 30 de enero
De 75.000 a 500.000 pesetas

DECÍA Ortega que Regoyos se arrodillaba para pintar una berza, a manera de un Fra Angélico de la gleba. No sabemos nosotros cómo se plantará ante el paisaje Enrique Sánchez Leal (Málaga, 1941), pero seguro que lo hará a la manera de aquellos solitarios de Barbizon (como los «macchiaioli», como los renovadores «escolares» de Alcalá de Guadaíra), con el alma puesta en el pincel, puede que con la unción de esos campesinos que en Millet consagran la hora sagrada. Todos ellos, después de tantos años dedicados por la pintura a amanerar la Historia, saludaron en el paisaje la única posibilidad renovadora: volver a las raíces de la mirada, a la tierra fecundadora. Hoy, al cabo de los años, la ocasión es muy parecida, pero más acosada por urgencias de depuración y, ¡ay!, de testimonio también, pues nuestro siglo se despide contemplando la desesperada agonía de la tierra. Sánchez Leal, como tantos otros (¡hay que llamar a muchos más, a todos!), vuelve sus ojos de pintor puro a donde solían estar los ojos de los pintores: al paisaje, vulnerado hoy por el más cruel de los consumismos. Forma parte de los pintores hartos de la sabiduría y de la experimentación remuneradoras; de los que quieren, de nuevo, enfrentarse a la Naturaleza con las pupilas limpias. También con las manos santificadas por la ingenuidad, como primitivos: con capacidad y posibilidad de asombro, como en la mañana lejana de Berceo:

*La verdura del prado, la olor de
[las flores,*

las sombras de los árboles...



«Autorretrato»

Lo que menos importa ahora es la técnica, sus refinamientos ya academizados. El nuevo refinamiento será espiritual o no será nada.

Es la hora de amar las imperfecciones que permitieron a Van Gogh bucear en el alma de las cosas. Sánchez Leal ni siquiera acude al recurso de expresar su emoción introduciendo en el paisaje elementos —argumentos— dramáticos. Lo dramático, aquí, y lo lírico, nace del paisaje mismo, de su fiesta cromática, tras la que tiembla su amenazado destino. Hay que inscribir esta pintura de tan espontáneo lenguaje y tan poético sentido en este movimiento ecologista que ya es emblema de los corazones más nobles. Mírese esta obra así: por ella misma, desde ella misma, y también como síntoma feliz de un deseo colectivo, universal.

A. M. C.